

# En el centenario de su nacimiento, embates a la fortaleza de Amparo Dávila. Los siete asedios a Jericó

Alejandro García

*Pronunciaba mi nombre. Yo no la escuchaba. Mis esfuerzos, mis propósitos y todo mi arte se estrellarían ante su mirada de ciervo, de animal dócil. El arte es sacrificio, renuncia, la vocación es vital, marca de fuego, sombra que se apodera del cuerpo y que la proyecta y lo esclaviza y consume...*

Amparo Dávila

*Los grandes problemas filosóficos requieren una táctica similar a la que los hebreos emplearon para tomar a Jericó y sus rosas íntimas: sin ataque directo, circulando en torno lentamente, apretando la curva cada vez más y manteniendo vivo en el aire son de trompetas dramáticas. En el asedio ideológico, la melodía dramática consiste en mantener despierta siempre la conciencia de los problemas, que son el drama ideal. Y yo espero que esta tensión no falte, por ser el camino que emprendemos de tal naturaleza que gana en atractivos conforme va avanzando. De lo externo y abstruso que hoy nos toca decir descendemos a asuntos más inmediatos, tan inmediatos que no pueden serlo más, como que son nuestra misma vida, la de cada cual. Más aún, vamos a descender audazmente por debajo de lo que suele cada cual creer que es su vida y que es sólo la costra de ella; perforando ésta vamos a ingresar en zonas subterráneas de nuestro propio ser, que nos permanecen secretas de puro sernos íntimas, de puro ser nuestro ser.*

José Ortega y Gasset

## I. Me gusta

Leo, busco y rememoro los cuentos de Amparo Dávila. Sus historias me divierten, me entretienen, me gustan. Las tres palabras tienen sus avatares en la historia de la escritura y de la lectura. La omnipresencia de la enseñanza, de la instrucción, de la pedagogía, desde el siglo XVIII, principalmente, la fue presionando. Divertir y enseñar. O, mejor, enseñar y divertir. Y, casi al mismo tiempo: convencer, convertir, adoctrinar, ideologizar. Y en el principio, como en la Creación, pudo ser enseñar, divertir, adoctrinar. Y los extremos presionaban al origen, al gusto y al juego y los fueron sometiendo, porque, además, la enseñanza podía adoctrinar y la doctrina podía enseñar. Hubo un momento en que el mundo se polarizó y las fuerzas jugaban con los

términos y los hombres peleaban por ellos. ¿Y el juego? Era solo el principio. Había que tomar la vida en serio y sufrirla.

Los cuentos de Amparo Dávila son breves encuentros con lo desconocido. Toca al lector en los cinco sentidos, en conjunto o uno por uno. Es como dejarse tocar por la tela suave, sedosa, que vemos y nos fascina, pero que si no vemos suele provocarnos reacciones muy diferentes, según sea el momento o nuestra historia interior. Un personaje que podíamos dejar pasar, que de hecho circula por nuestras ciudades, sin que jamás sea nombrado, por nosotros, claro, de pronto se introduce en nuestra casa y nos observa, nos invade, nos incomoda y va creando una reacción defensiva, que pasa al ataque. ¿Qué somos? ¿Por qué en los cuentos de Amparo Dávila viene eso que algunas voces coloquiales llaman «sacarnos el tapón»?

¿Quién no ha gozado con aquella historia de la bruja o la mujer mala que es encerrada en un tonel con clavos, el cual es llevado a la montaña que se encuentra frente al pueblo y dejado caer desde la cima?<sup>1</sup> Imagino a la niña Amparo en su soledad, aquejada por enfermedades, por el frío, por el paso tarde a tarde de las procesiones de la muerte. Ella y sus juegos de alquimia, conversación interna, de ver y sentir aquel pueblo que en las noches parecía soltar el viento para que golpeará casas, techos, árboles y se arrastrara por calles y callejones.

¿Gusto por ver mi propia muerte? Para unos una pesadilla, para otros la posibilidad de recuperar el momento último, el que sabremos no tendrá cabida en nuestra realidad. Nos iremos y ya. Si creemos en otro mundo, allá podrá saberse algo, pero jamás lo compartiremos con los seres humanos con los que convivimos. Por supuesto, habrá quien se sienta muy mal al leer ese cuento, al saber que un día moriremos tras una agonía relampagueante y fulmínea.

<sup>1</sup> En la novela, central en su obra, de Severino Salazar, *Donde deben estar las catedrales*, me encuentro «los habitantes de Tepetongo iban subiendo pesados barriles por la ladera, para luego dejarlos caer en tropel y destruir al pueblo», p. 15. Aquí el odio, la violencia, no es contra la bruja, es contra el pueblo. Igual proporciona goce.

Me gustan esos cuentos que distraen, que llevan de la piel a la profundidad de mis sentidos, al imperio de mi cerebro irritado por esas palabras que forman significaciones, sentido y luego extrañas respuestas que no suelen estar registradas en la hoja de vida o en el *curriculum vitae*, pero que son las fuerzas de mi interioridad, aquellas aguas mansas que nos previenen desde el dicho o refrán.

### Primer descanso

Amparo Dávila nació el 21 de febrero de 1923 en Pinos, Zacatecas. El dato lo presentan, y respaldan con documentación, Arazú Tinajero y Alejandro Ortega Neri en «Amparo Dávila, la cuentista que reescribió su historia»,<sup>2</sup> reportaje publicado en 2021, un día antes de que se cumpliera un año de la muerte de la autora de *Árboles petrificados*.

El dato es muy importante, porque se corrige así la fecha consignada, 1928, en las fichas curriculares al alcance del curioso lector. Y la crónica de un día en Pinos no solo busca precisar un día en la vida, sino que se convierte en un viaje al pasado, al origen, la visita a calles, edificios y personas que tuvieron que ver con el origen y la infancia de una de las grandes cuentistas mexicanas del siglo XX.

1923 y 2023 son los años del centenario del natalicio de Amparo Dávila.

## II. Afinación y Desafinación

La lectura de Juan Antonio Vallejo-Nágera<sup>3</sup> generó en mí una posible dicotomía muy interesante: afinación-desafinación, aplicado al ser humano. Según esto, somos instrumentos muy sensibles que se desafinan con la vida social. Nuestros sentidos, abiertos al mundo, primer punto de contacto, reaccionan de manera determinada. La experiencia prolonga la vida, pero suele ser traumática y muchas veces dañina por largo tiempo e incluso letal.

<sup>2</sup> Arazú Tinajero y Alejandro Ortega Neri, «Amparo Dávila, la cuentista que reescribió su historia», en *El reborujo cultural*.

<sup>3</sup> J. A. Vallejo-Nágera, *Concierto para instrumentos desafinados*.

Mi más reciente lectura de los cuentos de Amparo Dávila se organizó en torno a *El huésped y otros relatos* (iba leyendo los cuentos en este libro, los marcaba en *Cuentos reunidos* y luego en las ediciones particulares. Después leí las piezas faltantes de cada una de las obras y «Con los ojos abiertos» de la edición de 2008). Pero, como el *Bartleby* melvilliano, algo operó en mi alma desafinada sin remedio. Regreso a «Alta cocina» una y otra vez, como si me hubiera hipnotizado.

Al principio fue la identidad de esos seres vivos que lloran en las ollas de la cocina familiar. Tienen boca o algo equivalente y se les limpia uno a uno, como si de un grupo similar al humano se tratara.

Cuando oigo la lluvia golpear en las ventanas vuelvo a escuchar sus gritos. Aquellos gritos que se me pegaban a la piel como si fueran ventosas. Subían de tono a medida que la olla se calentaba y el agua empezaba hervir.<sup>4</sup>

No suelo ser presa de aprensión por el lado del sacrificio animal. De niño me enseñaron a no sufrir el descabezamiento de pollos o guajolotes y la apertura de cuello a rabo de cerdos, chivos y corderos.<sup>5</sup> Pero el cuento de Dávila me ha regresado a ver algo que no había pensado: el sufrimiento de aquellos animales. De sobra es conocida la reacción adrenalínica de las reses ante métodos de muerte que implicaban el sacrificio a base de mazazos. Recuerdo el peso del matorife sobre el cerdo, una vez que había encajado el cuchillo a la altura de la manita doblada sobre el pecho.

Pienso en reacciones semejantes ante el ruido chi-

<sup>4</sup> Amparo Dávila, «Alta cocina», *Cuentos reunidos*, p. 49.

<sup>5</sup> Con esta convicción he leído en la novela *El umbral* de Juan José Flores: «La forma de matar un pavo sin correr riesgos innecesarios consiste en meterlo primero en un saco. Se trata de un animal correoso y fuerte, y el peligro para el verdugo que quiera actuar solo no está únicamente en el pico ni en las patas, tan bien armadas éstas como las de un gallo, sino en la envergadura y fuerza de las alas, que pueden sorprender a un hombre sin buenos reflejos y dejarlo tuerto. Por eso conviene buscar un saco [...] por el que el pavo cautivo pueda sacar a duras penas la cabeza y parte del cuello [...] la elección no puede variar: decapitación o degüello», p. 11.

llón de las vaporeras, de las ollas de presión, del freír de papas y quesos. El terror surge de la relación del hombre con lo otro. Es una relación viciada. Después vendrá la reacción frente al peligro exterior, a veces accidental, a veces muy mal intencionado. Viene a mi mente la reacción de mi hija frente al estallido de un globo que yo le ofrecía amablemente. La reacción de terror duró varios años y mi reacción de zozobra y culpa fue una de esas especias que salpimentan la existencia. Reacción en cadena de dos argollas: trueque de un globo, angustia en mi hija, angustia en mí.

Pienso en ese ser sensible, masculino en el cuento, que sufre por esos otros seres que son llevados al matadero en vida, para darle mayor sabor al caldo y pienso en mí, lector que busca afinarse mediante la reflexión, a fin de poder entender el misterio de meter al fuego a las langostas aún con vida. O en el correr del jumil que escapa de la tortilla o la boca, antes de ser apresado para convertirse en objeto de degustación.

En «Alta cocina» es muy clara la presencia de la resignificación. Un hervir de animales vivos produce una reacción de temor, ansia, horror en uno de los habitantes de la casa. Pero el efecto se convierte en presencial cada que en la cocina se lleva a cabo el sacrificio. Eso deja una huella en las emociones y los sentimientos de ese ser sensible. Después, podrá volver a sentir ese golpe en otros espacios, pero lo peor, en la memoria. Podrá soñarlos y vivirlos, podrá imaginarlos y revivirlos, podrán ser aullidos llevados a otras experiencias hirientes de la vida. Podrán quedarse a imponer su voluntad en la mente del hombre. Una noche de insomnio el recuerdo de los gemidos (o el eco de la lectura del cuento) se clava como alfiler en un punto de mi cerebro y se constituyen en el centro de mi atormentado universo.

### Segundo descanso

Yo nací en la casa grande del pueblo y a través de los cristales de las ventanas miraba pasar la vida, es decir la muerte, porque la vida se había detenido hacía mucho tiempo en ese pueblo. Pasaba la muerte en diaria caravana. No había

cementerios en varios ranchos cercanos y a Pinos iban a enterrar a sus muertos. Yo los veía llegar tirados en el piso de una carreta, atravesados sobre el lomo de una mula y a veces en una rústica caja. Detrás de los cristales de las ventanas tampoco había esperanzas de vida para mí, y sí muchos augurios de muerte: había muerto mi hermanito Luis Ángel y yo era una niña enferma y sola.<sup>6</sup>

En sus *Apuntes para un ensayo autobiográfico*, Amparo Dávila no da fecha de nacimiento. En alguna entrevista signa 1928 como su año de origen.

Para la historia de bronce o para ciertas cuadraturas burocráticas e incluso para un matrero ejercicio del morbo, puede ser importante la disputa entre datos, salvaguardando la segunda fecha. En cambio, para la historia literaria y para ejercicios de crítica de sesgo genético, por ejemplo, es un problema de interés por el resultado: la obra.

Un dato curioso para los recolectores de huellas lo encontramos en el rasgo de la violencia social e histórica de los dos años y por su carácter cíclico: el 20 de julio de 1923 es asesinado el general en retiro Francisco Villa. El 17 de julio de 1928 (por tres días y los conmemoramos juntos en su mordor el polvo) es asesinado el general Álvaro Obregón, presidente (re)electo. Curioso paréntesis del fin de los dos protagonistas de las batallas de Santa Ana y Celaya. Al terror de una niña frente a la realidad de Pinos habrá que agregarle el hálito de una nación que a balazos se ajustaba las cuentas entre sus caudillos. Hay gemidos de grandes seres vivos bípedos que no pasan por las vaporeras, pero sí.

### III. Me acuerdo de textos

Usted me dice Amparo Dávila y yo despliego «Alta cocina». Me presiona y exclama Pinos y yo le digo

<sup>6</sup> Amparo Dávila, *Apuntes para un Ensayo Autobiográfico*, p. 2.

«El huésped». Va a San Luis Potosí y rememoro «Tina Reyes» o especula sobre Ciudad de México y merodeo «Estocolmo 3». Me habla de tragedias por la imposición de un mundo enfermo «Óscar». Quiere saber de las dicotomías imperantes en las décadas de los años sesenta y setenta, le sugiero vaya a «Tiempo destrozado». Que se quiere ver bien bonito a la hora del futuro que no tiene regreso, no tendrá desperdicio en «El entierro».

Cuando en la segunda mitad de la década de los setenta escuché y luego vi publicado el cuento de Ignacio Betancourt «De cómo Guadalupe bajó a la Montaña y todo lo demás»,<sup>7</sup> intuí que teníamos un autor que sería recordado a partir de ese texto, independientemente de lo que hiciera después. En ese tiempo estaba prácticamente inédito. Decimos Cervantes y el Quijote aparece. Lolita, el Cónsul Firmin, Pedro Páramo, La Maga, son personajes que tienen una vida independiente de su autor. Con la narrativa de Amparo Dávila obtenemos textos memorables y personajes que se alojan en nuestra memoria y entran a formar parte de nuestro universo vital.

En «Estocolmo 3» una chica visita a dos amigos después de mucho tiempo sin buscarlos, debido a que se ha dedicado a cuidar a su mamá enferma. Los visita en esa casa muy cercana a la Alameda Central (si no me informó mal Google). Conversan, recuerdan su pasado. La visitante observa que una mujer, joven, deambula por el departamento y se sienta en el espacio donde los otros tres conviven. Observa que sus amigos no le hacen mucho caso, incluso ella, Betty, la desplaza un poco cuando va de uno a otro lado de la habitación:

Al pasar junto a la muchacha tropezó con su silla, y por poco la tira al suelo, pero ni siquiera

<sup>7</sup> Ignacio Betancourt, *De cómo Guadalupe bajó a la montaña y todo lo demás*. El cuento se publicó primeramente en la revista *Cambio* (número 5, octubre-diciembre de 1976) y en 1977 en libro bajo el sello de Joaquín Mortiz. Asistí a la sesión del taller literario de la Casa de la Cultura de San Luis Potosí, coordinado por Miguel Donoso Pareja, en que el autor leyó la primera versión del texto.

por esto fue para pedirle la más mínima disculpa como si nada hubiera ocurrido. Yo no me enteré de que cara puso la joven, pues no me atreví a mirarla.<sup>8</sup>

Después la no interpelada se va. Entonces ella les reclama su proceder. Ellos se asombran y van tras el posible rastro a la habitación principal. Solo hay un olor a gardenias y a nardos. La visitante se retira, la pareja abandona el departamento al día siguiente, la testigo deja caer en el lector que después se supieron algunas cosas más.

Para mí «Estocolmo 3» es uno de esos cuentos inolvidables, que se vienen a pegar en mis fantasmas y a mis sueños incómodos. La teoría de las cuerdas podría tranquilizarme: solo se trata de dimensiones diversas que conviven en un momento dado. Algunos son capaces de cruzar de una a otra sin mayor problema. A otros les aparecen y les causan trastornos. Me gusta la narrativa de Amparo Dávila.

Toda la primera parte del cuento uno puede asombrarse con la invisibilidad de las personas en un espacio determinado, como la casa, la oficina, la tienda, la incomunicación entre los que por allí pasan, el ignorar al uno, manifestación de arcaicas guerras intestinas. Pero conforme se entera uno de la ausencia de la llamada, de su presencia en otra línea de las cuerdas, la confrontación entre personajes cobra otro significado e incluso la testigo puede ser la encaminadora del encuentro/desencuentro.

Será por eso que, en un momento dado, uno llega a decir, Amparo Dávila es la que genera el conflicto, la que modifica el entramado de la realidad y lo hace aparecer en su propia tela, en su propio gobelino, sustituto de la divinidad que teje el ruido del mundo.

### Tercer descanso

Su entrada al mundo literario se da en 1950 con el libro *Salmos bajo la lluvia*.<sup>9</sup> Encontramos algunos rasgos de lo que muy poco después será sello de su na-

rativa, su programa a desarrollar. Entre la edición del H. Ayuntamiento de Pinos 2004-2007, que es facsímil de la de 1950, y la *Poesía reunida*<sup>10</sup> encuentro algunas diferencias en la forma del poema «Insomnio». Creo que la edición del Fondo de Cultura Económica mejora la estructura gráfica del poema, porque se constituye tan solo con eso en una especie de mariposa donde el verso «Las horas se alargan en la noche como hebra de hilo fantasma» sirve como cuerpo o eje, mientras que los pares de versos anteriores y posteriores sirven de alas o desarrollo del insomnio, el vuelo de la mariposa. Con un simple juego visual o de reacomodo de los versos, el poema se expande y gana en significaciones.

#### Insomnio

El sueño se escapó entre las pestañas; por entre el  
[matorral  
huyó ligero.

Abiertas en la noche quedaron las pupilas; abiertas  
y encendidas como faros en vigilia.

La imaginación vuela, entre las alas del viento;  
[por la ruta  
del aire, va la fantasía exaltada.

Las horas se alargan en la noche como hebra de  
[hilo fantasma;

las horas se embarcaron en un viaje sin etapas  
[y en vano  
pretendo oír las, en el reloj de la esquina.

Qué eternas las horas insomnes; en ellas parece  
[que he vivido  
medio siglo!

El reloj de la esquina sigue mudo; el sueño no  
[se asoma aún  
por las pestañas.<sup>11</sup>

<sup>8</sup> Amparo Dávila, «Estocolmo 3», *Cuentos reunidos*, pp. 225-226.

<sup>9</sup> Amparo Dávila, *Salmos bajo la lluvia*, pp. 49-50

<sup>10</sup> Amparo Dávila, *Poesía reunida*.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 24.



#### IV. Las mismas calles y la misma gente

Conocí Pinos en 1997. De allá era el Maestro Benjamín Morquecho Guerrero, otro personaje importante en la historia de la cultura de nuestro país. Puedo decir que conocí el pueblo de uno a otro lado. Nunca me atreví a subir el cerro de la Gallina, porque había que negociar con pandillas de perros, y esos animalitos estarán en el cuarto 101 a la hora que el Gran Hermano me llame a cuentas. Trabajábamos tesis, proyectos académicos e intentos de creación artística, literatura. Sesionábamos en una enorme sala, a la cual se accedía por un muro de más de un metro de ancho, casi un túnel. El anfitrión nos contaba las historias de las emparedadas, mujeres que habían quedado envueltas por las piedras que conformaban aquella casona. A veces no era sencillo atravesar ese pequeño pasadizo con pasado y con pesado recordar.

(Desde donde trabajábamos, la casona de Benjamín Morquecho, a espaldas de la presidencia municipal, veíamos el cambio que sufría la madera de tablas rectilíneas toscas a cuadriláteros de diversos tamaños que formaba en la banqueta el carpintero hasta convertirse en ataúdes rústicos, aún sin ropaje y sin habitante. Morquecho decía, mira, son cajitas, esa tan pequeña bien podría ser una alcancía. Empezaba el cubrir humano de la moral, ese pequeño hormigueo ante el juego de lo que seguía siendo en esencia madera. Después sería multisimbólico. Aún no nos alcanzaba el destino.)

Mucho he pensado en la mirada de una niña enferma, después, a finales de una década violenta y de otras peores, ya concluidas. Sola, su padre la dejaba en libre movimiento por la casa, por la ciudad, por el cerro majestuoso que la ciñe. La dejaba también libre en el interactuar de los sentidos con el miedo. Ella sentía el frío, el frío que pidió no se presentara a la hora de su muerte. Ella veía a los muertos pasar, desfilar en carretones de abajo hacia arriba de la tierra santa. Desde algún lugar veía los tratos entre hombres, entre

hombres y mujeres, el *fru fru* al caminar de las mujeres enlutadas, el correr del mundo. ¿Qué la afinaba? ¿Qué la desafinaba en esos primeros trotes en aquel pueblo mineral en que le había tocado nacer?

Caminaba yo por Pinos e iba hasta el fin de la gran recta que dice llevar a Ojuelos. Veía unos depósitos que pensaba eran de combustible y hoy creo, nunca lo verifiqué, eran depósitos de pólvora y materiales para fuegos de artificio. Estaban allí para mayor seguridad de la población. ¿Qué había visto Amparo Dávila que yo no podía obtener? Desde luego, yo no tenía sus ojos, yo no tenía su estatura, yo no tenía sus sentidos ni su momento histórico para que vinieran con sus informaciones a afinarme o desafinarme. Y, entendamos, afinar y desafinar nunca es definitivo, siempre hay que luchar y puede suceder que el desafinar también llegue a tener ventajas.

Una de las grandes aportaciones de nuestra autora es que no tiene moral. Como hacedora de buena literatura suspende el juicio, deja que instintos y razón, palabra y pensamiento entren a su realidad y formen parte de ella. Que se indignen, que se solidaricen, que duden, que vayan por el que les provoca un malestar, que tengan que caer igual que el héroe que en sus páginas campea. Quizá solo en los últimos cuentos «Con los ojos abiertos» haya finales felices. No estemos tan seguros ni de lo primero ni de lo segundo. Porque en los primeros, si hay una moral es que se debe a un hombre mejor, digno de la especie, en busca siempre de resolver limitaciones y contradicciones. Pero también porque después de la experiencia la valoración entre bien y mal cambia, los ejemplos de la historia nos han puesto de nuevo frente a esas categorías para llenarlas y, bueno, es que en algún lugar debe quedar el optimismo.

#### Cuarto descanso

En 2009 el Fondo de Cultura Económica publicó *Cuentos reunidos* de Amparo Dávila. Lo incluyó en la colección Letras mexicanas, en volumen rústico o empastado. El empastado trae sobrecubierta. La editorial no da cuenta de una nueva edición. Oferta

también la versión electrónica. Un pequeño descuido: tanto en el sumario, como en el índice y en la página 89 se consigna 1961 como fecha de publicación de *Música concreta*. La fecha fiel es 1964.<sup>12</sup>

## V. La extrañeza. Desautomatización

Los formalistas rusos pusieron en la mesa de las discusiones esta palabra. La realidad nos envuelve y nos traga. La literatura nos devela la existencia de una realidad que podría darnos más satisfacciones si la tratáramos con más detalle. Recuerdo una novela donde el personaje principal había tomado por pareja a su hija, la había llevado a vivir a un sótano existente debajo de su propia casa conyugal/paterna. Llevaba una vida normal con su esposa y otros hijos. Había tenido hijos con la víctima. Y habían pasado décadas antes de ser descubierto.<sup>13</sup>

Pinos no será igual para mí después de saber de la experiencia de una de sus hijas, Amparo Dávila. Y mucho menos después de haber sostenido un cálido romance con su obra. Busco debajo de la mancha lo que allí se oculta, lo que vive detrás de un desván o de una casucha abandonada. Busco el gesto misterioso detrás de un saludo lleno de amistad, la relación entre la compra de una amable dama de casa y el etéreo escabullir de un hombre de labores fuertes que se esconde.

Desde la irrupción romántica lo oscuro ha venido a significar algo. Lo primero de reconocerse es precisamente eso: que sea reconocido. El cuerpo humano tiene días y noches, tiene necesidades corporales y espirituales. Lo mismo se ilumina con un beso que con un elogio, lo mismo entra en crisis con un no saludo que con un insulto o una amenaza.

El mundo de Amparo Dávila es el que vivimos y caminamos: calles, casas, sótanos, árboles, cantinas,

<sup>12</sup> Consúltese: Amparo Dávila, *Música concreta*, página legal.

<sup>13</sup> Paolo Sortino, *Elisabeth*. La novela trata la historia real de Josef Fritzl, ampliamente documentada en diversos medios. Historia llevada al cine. La obra de ficción tiene el enorme mérito de replantearnos tan terrible historia y mostrarla desnuda para que el lector parta lo mismo del desconocimiento total del caso que del total asedio de la sobreinformación. Desautomatiza.

solo que esa mirada que desde niña se afinó, nos abre ese mundo en pliegues, en matices, en colores y notas musicales.

## Quinto descanso

Javier Báez Zacarías, escritor potosino de larga residencia en Zacatecas, cuenta en alguna intervención, que no he podido consignar puntualmente aquí, las dificultades que tuvo, a fines del siglo pasado, en su momento de arranque, para obtener las obras de Amparo Dávila. Lo logró a la manera del gambusino de textos literarios y desarrolló una amplia investigación sobre la narradora pinense. Pero además se ha convertido en formador de lectores y escritores que han visto con verdadero interés la obra de Amparo Dávila y la están haciendo suya y llevando a otros aventureros. Y qué mejor que asegurar merodeadores de esta obra por momentos olvidada. Una muestra es el número dedicado a la autora de *Tiempo destrozado* en la revista que Báez (junto con Rocío Yasmín Bermúdez Longoria) edita: *Barca de palabras*.

La labor de Báez, recupero, ha sido integral: acopio, divulgación, interpretación de la literatura de Dávila. Esto es importante, porque también hace una labor de ubicación, en donde lo mismo relaciona lo local con lo universal, lo fantástico, muchas veces como etiqueta empobrecedora, y el valor simbólico y significativo que hacen que estos cuentos estén a la altura de los maestros de la narrativa breve contemporánea. Cito a Báez:

Lo curioso es que el significado que adquieren los lugares no se concreta a cada relato por separado, sino que va de uno a otro a través de los años creando un código de las estructuras espaciales, que conecta personajes poseedores de un contorno definido en los límites de lo terreno y seres que rompen con lo concreto, que se alejan de lo humano: el cielo y la tierra, o dicho de manera más exacta, la tierra y el infierno.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Javier Báez Zacarías, «Un mundo extraño. El espacio en los cuentos de Amparo Dávila», en *Barca de palabras*, p. 94.

Si era difícil acceder a la narrativa de Dávila, más lo era encontrar lectores que dejaran testimonio escrito de sus navegaciones en esos mares o en universos tan en el límite de tierra, cielo, infierno, para seguir a Báez Zacarías. En 2009 Regina Cardoso Nelky y Laura Cázares editaron el volumen *Amparo Dávila. Bordar en el abismo*, coedición del Tecnológico de Monterrey y la Universidad Autónoma Metropolitana. El libro, sin duda, contribuye a esa necesaria área donde especialistas pasan por sus filtros teóricos y de tercetos lectores una producción literaria. En la «Introducción» las editoras afirman:

En contraste con su poesía, las narraciones de Amparo Dávila han tenido más divulgación, a pesar de que no ha producido nuevas obras y de las dificultades para conseguirlas. Sus textos siguen teniendo una extraordinaria vigencia entre los jóvenes, quienes por no poder conseguir sus publicaciones, se acercan a ellos, en particular a «El huésped», a través de Internet y realizan intensas discusiones y originales comentarios sobre los mismos. Al respecto puede uno preguntarse a qué se debe esta vigencia que traspasa los límites de las dificultades concretas para conocer su producción cuentística. Posiblemente una respuesta la podemos encontrar en los temas que trata, siempre asentados en la realidad, pero dejando fisuras a la invasión de inexplicable. Sin embargo, también se puede deber a la perfecta estructuración de sus relatos, en los que nada falta ni sobra, a su cuidadoso manejo del lenguaje y a su facultad de convertir lo más anodino en algo verdaderamente terrorífico.<sup>15</sup>

Amparo Dávila murió un día de abril de 2020, en plena primavera. Ahora la obra corresponde a sus decodificadores. Si bien ya pertenecía a quien se acerca a esas líneas y las hace vivir, levantar cada universo, ya no está la voz de la creadora que pudiera aclarar alguna duda.

<sup>15</sup> Regina Cardoso Nelky y Laura Cázares, «Introducción», pp. 12-13.

## VI. Un buen lugar siempre

A Amparo Dávila la encontramos en momentos clave de la literatura nacional. Publica su primer libro en 1959. Es la década del gran momento del cuento, desde la aparición de *El llano en llamas* en 1953. Con la publicación de 1958 de *La región más transparente*, espacio urbano, la ciudad llegaría para quedarse por un buen rato. Eran momentos de nuevas temáticas, de teorías frescas en torno al individuo y la sociedad. Su libro combina la aportación cosmopolita (la tradición del campo trabajada en el lenguaje) con la urbe. Su producto es un cuento de temática diferente.

Cuando publica en 1964 su segundo libro, grandes autores mexicanos están en el arrancadero: José Emilio Pacheco y la novela de aire nouveauromanesco, *Del Paso* y la renovación de Rulfo, García Ponce y el erotismo, Ibarguengoitia y el humor, José Agustín y los jóvenes, Dávila y la fantasía.

Ya en su tercer libro, en los pacíficos setenta, se vive con la calma de lo obtenido durante la década anterior. Aunque habrá que tomar en cuenta la gran novela de *Del Paso* en esta década. El libro de Amparo Dávila aparece en la mejor editorial del país, donde se puede leer lo mismo a Carlos Fuentes que a Ricardo Garibay o a Inés Arredondo, ya lo específicamente relativo al mercado y al manejo de la imagen pública es otro asunto. Amparo Dávila estuvo siempre entre los y las mejores.

### Sexto descanso

Nació en invierno: un 21 de febrero. Murió en primavera: un 18 de abril. Su deseo se cumplió:

Semblanza de mi muerte

Que no muera  
un día nublado y frío  
de invierno  
y me vaya tiritando  
de frío y de miedo  
ante lo desconocido,  
ese mundo de sombras



sin rostro  
 que camina siempre  
 a mi lado,  
 o me aguarda  
 al doblar la esquina,  
 ese misterio insondable  
 que no logramos develar  
 y que angustia  
 y perturba la existencia.

Quiero irme  
 un día soleado  
 de una primavera reverdecida  
 llena de brotes y retoños  
 de pájaros y de flores,  
 a buscar  
 mi Jardín del Edén,  
 mi Paraíso Perdido  
 y gozar de los frutos  
 de la vid y de la higuera,  
 el perfume de los cerezos  
 y los naranjos en flor  
 y el calor del sol  
 que no se oculta nunca

## VII. La filiación del cuento

Además de amalgamar lo que Seymour Menton llamó cosmopolitismo con las nuevas influencias de medio siglo de México y del mundo, la narrativa se nutre de una savia a menudo olvidada: la de los ateneístas y las de los primeros contemporáneos que hicieron ejercicio a la manera de Joyce, los experimentales de la década de los veinte. Si vamos a Guzmán o a Torri tendremos una idea de una prosa de buena calidad hoy un poco olvidada. Y qué decir de Alfonso Reyes, su maestro al alcance de la mano.

Pero cuando uno piensa en ecos o en las raíces de la prosa de la autora pinense siempre irá a Quiroga, a quien uno recordará por la gallina degollada, por el extraño ser en la almohada, por el hombre muerto, por la Anaconda. En Quiroga el paso de lo natural a lo otro, llámese como se llame, es rápido y sin explicaciones, fulminante. Así también lo es en Amparo Dávila.

En lo que he leído, no he encontrado referencias a la prosa de Estados Unidos o de Inglaterra. La naturalidad, otra vez, es un rasgo envidiable en la narrativa latinoamericana: si no tienes que decir «de pronto», «misteriosamente», «sin saber cómo», sino que tan solo te encuentras frente a un ser o frente a un hecho que no cabe en tus actividades normales, lo demás es ganancia, porque las preguntas serán otras, ya dentro de la dinámica del texto. No dudo en poner a Amparo Dávila a la altura de cuentistas como Clarice Lispector, Inés Arredondo, María Luisa Bombal, Nérida Piñon, Elena Garro, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Juan Rulfo, José María Arguedas, Juan José Arreola, Alejo Carpentier, Julio Ramón Ribeyro.



## Fuentes

Báez Zacarías, Javier, «Un mundo extraño. El espacio en los cuentos de Amparo Dávila», *Barca de palabras*, no. 2-3, julio-diciembre de 2020 y enero-junio 2021. Betancourt, Ignacio, *De cómo Guadalupe bajó a la montaña y todo lo demás*, Joaquín Mortiz, México, 1977. Cardoso Nelky, Regina y Laura Cázares (edición), *Amparo Dávila. Borda en el abismo*, Universidad Autónoma Metropolitana/ Instituto Tecnológico de Monterrey, Campus Toluca, México D. F., 2009. Dávila, Amparo, *Apuntes para un Ensayo autobiográfico*, CONACULTA/ IZCRLV/ Ayuntamiento de Pinos, Zacatecas, 2005. Dávila, Amparo, *Árboles petrificados*, Joaquín Mortiz, México D. F., 1977. Dávila, Amparo, *Cuentos reunidos*, FCE, Letras mexicanas, México D. F., 2009. Dávila, Amparo, *El huésped y otros relatos siniestros*, FCE, Ciudad de México, 2018. Dávila, Amparo, *Muerte en el bosque*, FCE/ SEP, México D. F., 1985. Dávila, Amparo, *Música concreta*, FCE, México, 2002. Dávila, Amparo, *Poesía reunida*, FCE/ CONACULTA/ IZC, México D. F., 2011. Dávila, Amparo, *Salmos bajo la luna*. Edición facsimilar. CONACULTA/ IZCRLV/ Ayuntamiento de Pinos. Zacatecas, 2005. Dávila, Amparo, *Tiempo destrozado y música concreta*, FCE, México D. F., 1978. Flores, Juan José, *En el umbral*, Edhasa, Barcelona, 2002. Ortega y Gasset, José, *¿Qué es filosofía?* Alianza, Madrid, 1997. Salazar, Severino, *Donde deben estar las catedrales*, Katún, México D. F., 1984. Sortino, Paolo, *Elisabeth*, Anagrama, Barcelona, 2012. Vallejo-Nágera, J. A., *Concierto para instrumentos desafinados*, Argos Vergara, Barcelona, 1981.